

tenerla. Hay que tomar la decisión en unos segundos. Aunque la operación haya confirmado plenamente el resultado que había dado la diagnosis, apenas ha sido quitada la parte enferma del intestino, un asistente se dirige apresuradamente con la pieza aún caliente del recto al laboratorio, en donde se «trata» inmediatamente la parte seccionada casi aún viviente: y la operación aún no ha terminado que ya viene un asistente del laboratorio comunicando al cirujano el resultado del análisis. Entretanto se han sacado del campo de operación los instrumentos ahora superfluos; los vasos que sangran han sido interrumpidos; y ahora llega la tercera, la más difícil etapa de la intervención, la terminación.

Con delgadas agujas y con material de coser finísimo, que se saca de vidrios bien cerrados a través de una estrechísima abertura que en ellos se encuentra, se aplican las suturas. Se conduce la aguja ni siquiera con los dedos, sino con pequeñas tenazas construídas expresamente para este fin. Así se procede con gran rapidez, de manera rápida e inteligente, con una habilidad que solamente un sastre podría apreciar debidamente, reconstruyéndose las junturas. Las suturas siguen una a la otra y, en fin, después de un examen detenido, se hace volver a su lugar, en el interior, a todas las partes y órganos anteriormente sacados. Ahora empieza la «retirada». ¡Suma atención! ¡No hay que olvidar ni descuidar nada! «¿Cuántos tampones ha entregado usted?», pregunta el asistente a la enfermera. Esta dice una cifra. «Exacto», contesta el cirujano, y el asistente cuenta los tampones, entregándolos a la enfermera y poniéndolos en la mesa.

Una mirada preocupada hacia el reloj; sigue una pregunta al narcotizador: «¿Cómo está el pulso?» Y después la grande frase: «Termítese la narcosis.» Se quita rápidamente la máscara, y se empieza la sutura de la herida del vientre propiamente dicha. Se cose en dobles planos, poniéndose tres filas de suturas. Las ocho manos de los que hacen la sutura trabajan mecánicamente, exactamente como las partes unidas de una máquina de coser.

Y, al terminar, se pone la última sutura. La piel del vientre es, aparte del colorido que ha tomado por el iodo, limpia, lisa, cubierta solamente de un pliegue derecho, regular, formada por los márgenes de la herida ligeramente abultados por la sutura...

El operador mira el reloj, echa a un lado la bata ensangrentada y el delantal de goma, y se pasa la mano sobre el frente.

Ha pasado una hora desde que las gotas de éter habían caído por segunda vez sobre la máscara.

★

Decidiendo sobre ser y no ser, y dominado por la experiencia y el reconocimiento, y principalmente también por maestría e ingenio, la mano del cirujano, conducida por sus nervios de facultades de precisión sobrehumana, decide la suerte. Sea dicho aquí que este relato de una operación peligrosa intenta hacer comprender al público la inmensa responsabilidad y las grandes y nobles realizaciones de los médicos. ¡Tened confianza, id en tiempo oportuno al médico! Ya que incluso en una enfermedad como la presente, la que la opinión popular llama «cáncer» calificándola de «terrible», una diagnosis hecha precozmente puede —en muchísimos casos en una medida que el gran público ni siquiera sospecha— procurar que se logre una curación completa e incluso en los casos más graves una mejora notable, si se hace una intervención en tiempo oportuno. La condición esencial es: váyase oportunamente al médico. El solamente es competente y está capacitado para ayudar efectivamente, ya que «remedios milagrosos» no existen.

HIGIA
REVISTA DE CIENCIA